

José Luis Cano. *La poesía de la generación del 27*. Madrid, Guadarrama, 1970. 288 pp.

Publicado en 1970 por ediciones Guadarrama, *La Poesía de la Generación del 27*, de José Luis Cano, constituye un delicado aporte al conocimiento de dicho grupo poético.

En "Nota Previa", el autor dice: "He reunido en este librito la mayoría de mis trabajos —artículos críticos y evocaciones biográficas— sobre los poetas de la generación de 1927, a algunos de los cuales me ha unido y me sigue uniendo, entrañable amistad, lo que me ha permitido asistir como testigo más joven, a su aventura humana y literaria". (p. 9). En este párrafo están contenidas, a nuestro juicio, algunas de las características más notables del texto de Cano. En lo formal, el libro es, efectivamente, un conjunto de artículos escritos en diversas fechas; la mayoría de los cuales se dedican al estudio poético y, el resto, a emocionados recuerdos de su conocimiento personal con alguno de los poetas tratados.

El carácter testimonial —y de testigo más joven— da a la totalidad del libro un tono común que brota de la actitud espiritual con que el autor se sitúa frente a su materia, materia que, como él mismo la llama, es profundamente honda: la "aventura humana y literaria" de un grupo de seres que son poetas. El carácter fragmentario del texto, dado por el hecho de ser una compilación, se pierde rápidamente y se olvida muy pronto porque es salvado por una emoción que los une a todos entre sí: los sentimientos de amor, devoción y respeto, unidos a un profundo instinto para detectar aquello que es distintivo en lo poético y en lo humano. A la fineza del crítico literario se une la fineza del hombre para conocer al otro, perspicacia que lo lleva, a veces, a destacar y amar pequeños detalles que, sin embargo, ayudan a configurar, en la medida en que esto es posible, la personalidad global del individuo: el temor al mar de García Lorca que lo hacía aferrarse de la mano de alguien ante el miedo de caer y morir ahogado; las súbitas iras del profesor Dámaso Alonso en el calor de la hora de la siesta madrileña durante sus clases de filología románica; la generosidad de Emilio Prados, el que llama "el entregado", regalando su imprenta Sur a los obreros o llevando a almorzar intempestivamente, ante el espanto de su madre, a los pecadores de El Palo.

El texto de Cano comienza con un estudio abarcador de la generación del 27, a la que da el nombre de "generación de la amistad" por parecerle su característica más connotada. Distingue en el proceso evolutivo de sus

componentes dos fases. Una esteticista, en la cual admiran profundamente a Juan Ramón Jiménez y aman la poesía y la belleza puras y otras de compromiso humano, histórico social, a la que llegan por la conjunción de varios factores: la guerra civil española, la segunda guerra mundial, el conocimiento de Pablo Neruda y *Residencia en la Tierra*, etc., etapa esta última, en la que admiran a Antonio Machado, y que se resume en la frase de Aleixandre: "poesía es comunicación".

Fuera de estudiar a José Moreno Villa, que, en estricto sentido, no pertenece a esta generación, José Luis Cano aporta su visión de las obras de Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, en artículos de variada extensión y profundidad.

A Pedro Salinas dedica tres estudios que apuntan respectivamente a su calidad de poeta, dramaturgo y ensayista. A raíz de la publicación de *Poesías Completas*, destaca el tema del amor en la obra poética de Pedro Salinas, diciendo que su lírica "quedará como una de las más ricas de subjetividad e intimidad de la poesía amorosa española" (p. 53). En cuanto al ensayista, coge la obra *El defensor*, escrita por Salinas durante los años de su estancia en Estados Unidos y Puerto Rico, señalando la actualidad de su tema: el problema tan candente del tiempo, en relación con la sicosis de la prisa, que da como resultado un hombre que afirma no tener oportunidad para leer, escribir cartas personales o conversar con sus hijos, olvidando valores que para el ensayista son fundamentales a la vida del espíritu: la carta o epístola, la lectura, la minoría literaria y el lenguaje.

Se ha dicho de Jorge Guillén que es un poeta frío, deshumanizado, aséptico; a destruir tal imagen se dedica Cano en las páginas que al poeta le dedica. Distingue un primer ciclo guilleniano constituido por las sucesivas ediciones de *Cántico* en el cual la actitud lírica está caracterizada por notas profundamente humanas que laten bajo la perfección formal: "la pasión del hombre por la vida y sus infinitas formas, y ante todo, la pasión del amor, que ciertamente nadie podrá tachar de inhumana" (p 74). El mundo se aparece para el poeta como algo maravilloso, prodigioso aun en sus manifestaciones más simples y triviales:

*El balcón, los cristales,
Unos libros, la mesa.
¿Nada más esto? Sí.
Maravillas concretas.*

El mundo así sentido motiva la actitud lírica de pasmo y asombro que hace prorrumpir al poeta en un cántico de júbilo.

En el segundo ciclo, llamado por Cano "el nuevo humanismo poético de Jorge Guillén", el ciclo de *Clamor*, compuesto por *Maremagnum*, *...Que van a dar en la mar* y *A la altura de las circunstancias*, se observa una evolución en la actitud del poeta frente al mundo. Inaugura con él una

poesía de compromiso con su tiempo y con la sociedad "afirmando su solidaridad con el hombre y con su lucha y resistencia contra aquellas fuerzas negativas que intentan violentarle y esclavizarle: destruir su dignidad y su libertad, cuando no su existencia misma" (p. 82).

En *Maremagnum* las fuerzas destructivas, odio, miedo atómico, guerra, violencia, etc., amenazan a todos los hombres; en *...Que van a dar en la mar*, la perspectiva del hablante es su propio yo amenazado por el inexorable paso del tiempo inasible, que horada y corroe todo lo que ama; la infancia, la mujer, una rosa, etc. En el primer libro se trataba de un tiempo colectivo, en el segundo del tiempo individual del poeta. En la culminación del ciclo: *A la altura de las circunstancias*, es visible la atención del hablante a ese "Tiempo de historia" (subtítulo del ciclo de *Clamor*). Se destacan en él, entre otros, dos poemas relativos a España, "Despertar español" y "La sangre al río" y uno referente a las conquistas planetarias, "Nada más", en que, junto al humilde reconocimiento de los límites humanos, está la valoración del "otro" con quien se comparte aquello que más se quiere. Termina diciendo Cano que este segundo ciclo de Guillén, ciclo de testimonio de nuestro tiempo, no termina con un mensaje de desesperanza, sino de fe; temple que se expresa en los dos versos de Salinas citados por el poeta al final de su obra: *Mientras haya / alguna ventana abierta...*

Dámaso Alonso, poeta radicalmente religioso. A juicio de Cano, es el mismo poeta quien ratifica esta aseveración en el maravilloso poema final de *Hijos de la Ira*, "Las alas". El Señor le pregunta "Y tú ¿qué has hecho?" La respuesta es:

*Y aquí, Señor, te traigo mis canciones.
Es lo que he hecho, lo único que he hecho.
Y no hubo ni una sola
en la que el arco y al mismo tiempo el hito
no fueses Tú.*

El propio Alonso en *Poetas españoles contemporáneos*, aprovecha los términos de arraigado y desarraigado en un intento de clasificación de los poetas partiendo de su posición y sentir frente al mundo. Los primeros son aquellos que se consideran dentro de un mundo armónico acompañados de la consoladora presencia de Dios. Para los segundos, en cambio, el mundo es caótico; privados de la presencia directa de Dios, lo buscan frenéticamente y su quehacer poético es un intento de poner orden en la desarmonía. En esta última categoría se autoubica Dámaso Alonso. En *Hijos de la ira*, dramática confesión del alma del poeta, alienta el hombre en su más terrible soledad. Enfrentando su realidad desnuda de ropajes, se ha encontrado con la miseria infinita de la carne destinada a la putrefacción, el autodesprecio de sí mismo que viene por añadidura y la esperanza salvadora en el amor humano o divino. Búsqueda de Dios al modo de Unamuno, dice Cano, con esa hondura y esa angustia que lo caracterizan. En *Hombre y Dios*, la actitud lírica del

hablante ha cambiado, ya no es la búsqueda de la divinidad la que late en los versos, sino la presencia de ésta, el reconocimiento de su poder y de la deuda que con ella se tiene. Otros rasgos de la poesía de Dámaso Alonso y otras variantes temáticas, estudia Cano, pero lo que resalta como conclusión primordial es la de calificar al poeta como auténtica y profundamente religioso.

Hemos dado un sucinto panorama de los análisis que el autor de *La Poesía de la generación del 27*, hace de las obras de tres grandes poetas, Salinas, Guillén y Dámaso Alonso. Pretender entregar lo mismo de cada uno de sus estudios, rebasa, con mucho, las pretensiones de esta reseña. Creemos que lo mostrado da una idea del carácter de la obra de Cano. La lectura atenta y la meditación personal del libro, es tarea que corresponderá a quienes quieran acercarse verdaderamente a “la aventura humana y literaria” de los poetas de la generación de 1927.

PATRICIA PINTO V.